



LA INTOLERANCIA ES MENSAJERA DEL ODIO, UN PASO HACIA EL ABISMO

Por Arq. Ignacio Mallol Tamayo
ciudad@lobbylife.com

“La intolerancia no es más que la intransigencia, falta de respeto por las ideas de los demás, el camino más corto para una convivencia insana y la obtención de resultados negativos.”



“La intolerancia es mucho más que una frase, una actitud frente a la vida”.
Anónimo

La intolerancia tiene raíces profundas, históricas, religiosas, raciales, políticas, culturales y pareciera formar parte del ADN humano y ser una constante en el pulso cíclico de la humanidad. No hay una época donde no se manifieste en escenarios que han llevado al mundo a guerras y confrontaciones que han marcado un antes y un después, en medio de la azarosa evolución de la especie. El día a día refleja como un espejo lo que sucede a lo largo de la historia humana, en el cuerpo social de nuestras comunidades y ciudades.

No somos iguales, tenemos diferencias y esta particularidad que nos permite ser quienes somos, también debiera enriquecernos en la diversidad y pluralidad. Pero la realidad es otra, las confrontaciones no reconocen fronteras, y la historia nos hace memoria que tropezamos una y mil veces con la misma piedra.

Hay mitos, leyendas y realidades, tan antiguas como el hombre, que dan cuenta con sus historias de como se ha dejado llevar por la sinrazón, en una palabra, la intolerancia, y por ello se ha perdido más de un reino, amores y la misma legendaria ciudad de Troya. Homero nos da cuenta de esta historia y del famoso caballo de madera que permitió abrir

las puertas de esa inexpugnable ciudad hacia su conquista.

Estas rupturas cíclicas en la espiral del tiempo están marcadas por los niveles más altos de intolerancia en la escala humana que llevan a caminos ciegos que impiden el razonamiento, búsqueda de alternativas y soluciones que permitan resolver un conflicto por complejo que este sea.

Las sociedades primitivas eran explosivas, tribus nómades, motivadas por objetivos primarios de subsistencia, arrasaban poblaciones, imponían sus propias reglas, y uno de sus máximos exponente fue Atila: donde pasaba no crecía la yerba. Una frase simplemente lapidaria.

En la Edad Media se quemaron “brujas”, en el Renacimiento Giordano Bruno fue a la hoguera por decir que la tierra no era el centro del universo y Juana de Arco, entre otros personajes, fue reducida a cenizas por sus ideas.

La historia moderna, contemporánea, cuenta con numerosos ejemplos y la intolerancia se hace tan intolerable que se diferencia del pasado solo porque el avance tecnológico ha producido una devastación mucho mayor que en la antigüedad.

Más allá de la historia y de esta cadena interminable de intolerancias que han traspasado todos los tiempos, generaciones y continentes, las sociedades siguen su marcha en medio de complejidades, transformaciones, avances, retrocesos, y proyectos.

En lo cotidiano, la intolerancia está instalada prácticamente en todas las instancias de las relaciones humanas y vida social.

Cada actividad tiene una verdadera contrapartida. No se trata de una interacción natural, un diálogo, para encontrar una respuesta o al menos un acercamiento. Escuchar al otro es casi una empresa imposible de realizar y la confrontación termina siendo el resultado final.

Pareciera ser un tema sencillo, menor, sin incidencia en la marcha de un país. Pero en Panamá, seguramente en el mundo, sobran ejemplos que impiden no solo la convivencia pacífica, armónica, entre las personas, sino que frenan proyectos y el desarrollo.

El tranque que produce el transporte diario es la gran metáfora nacional, donde se

desarrollan todas las intolerancias que pudieran ponerse en práctica en una exhibición de lo que no debiéramos hacer. Hay una participación colectiva y un resultado también masivo que aturde y estresa a la población.

La cadena es infinita, se practica casi inconscientemente, a veces, ni los vecinos se salvan. La *sal tú, para ponerme yo*, es un eslogan de combate y no expresa la filosofía de servicio propia de nuestro país y de la comunión que debiera existir entre las personas.

La intolerancia no es más que la intransigencia, falta de respeto por las ideas de los demás, el camino más corto para una convivencia insana y la obtención de resultados negativos.

La intolerancia hace posible hechos y situaciones que ya no debieran ocurrir, como la discriminación, el irrespeto que moldea de una mala manera a una sociedad. La xenofobia, rechazo a los extranjeros, es un alto grado de intolerancia. La lista de pequeñas cosas que interfieren a diario entre las personas, es interminable, se puede escribir un

libro con ellas, desde detalles absurdos a situaciones más complejas que terminan fatalmente. Basta una colisión vehicular para ver el desarrollo de una trama de intolerancia máxima.

Panamá es un ejemplo de tolerancia religiosa, un tema tan sensible en otras áreas del mundo y que aquí se resuelve en una sana coexistencia. Este hecho de convivir en paz, por parte de las principales religiones, es un mensaje positivo para los panameños y el mundo. Una señal que podemos hacer grandes cosas sin necesidad de afectarnos nosotros, ni a los demás.

Respetarnos, es un principio y aval, para contar con una democracia sólida, que nos permita alternar el poder, desarrollar instituciones con credibilidad, hacer posible una mayor inversión extranjera, crear una dinámica integral y positiva para desarrollarnos y crecer en armonía.

La base de cualquier relación positiva, constructiva, beneficiosa, es la tolerancia. La tolerancia es paciente, siembra, cosecha en silencio.❀